

THE HORUS HERESY®

James Swallow

NÉMESIS

La guerra en la sombra

timunmas



THE HORUS HERESY™

NÉMESIS

James Swallow

timun**mas**

Título original: *Nemesis*
Traducción: Juan Pascual Martínez

Ilustración de cubierta: Neil Roberts

Nemesis, *Némesis* GW, Games Workshop, Warhammer, y todos los logos, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes y la imagen distintiva están registrados en los distintos países como ® o TM y/o © Games Workshop Limited y usados bajo licencia. Todos los derechos reservados.

Versión original inglesa publicada originalmente en Gran Bretaña en 2010 por Black Library
Games Workshop Limited.,
Willow Road, Nottingham,
NG7 2WS, UK
www.blacklibrary.com

© Games Workshop Limited 2010

© De la traducción Games Workshop Limited. 2011. Traducida y explotada bajo licencia por
Editorial Planeta. Todos los derechos reservados.

Edición publicada en España por Editorial Planeta, 2011, 2016
© Editorial Planeta, S. A., 2016
Avda. Diagonal, 662-664, 7.ª planta. 08034 Barcelona
Timun Mas, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
www.timunmas.com
www.planetadelibros.com

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes y situaciones descritos en esta novela son ficticios,
y cualquier parecido con personas o hechos reales es pura coincidencia.

ISBN: 978-84-450-0321-3
Preimpresión: gama, sl
Depósito legal: B. 2.262-2016
Impreso en España por Romanyà Valls, S.A.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

UNO

Lección objetiva Tácticas de engaño La estrella

Gyges Prime era un mundo asesinado, ya muerto, convertido en poco más que unas ascuas de color ceniciento. Alrededor del campamento, la roca negra y porosa se extendía hacia el horizonte oculta por una capa baja de niebla. Aquella neblina era todo lo que quedaba de las ciudades machacadas hasta quedar convertidas en polvo radioactivo por los incontables bombardeos efectuados desde la órbita. Se habían vaciado arsenales enteros de proyectiles nucleares para ejecutar al planeta, y en esos momentos, el cadáver cada vez más frío que era ese mundo estaba envuelto en su propio sudario, una neblina radioactiva pálida y ponzoñosa que lo sofocaba todo.

Allí, en el mismo cañón donde los invasores habían aterrizado, las grandes paredes rocosas los escudaban todo lo posible de los vientos abrasadores que recorrían el paisaje destrozado. Cualquiera persona, como los soldados que se habían quemado y arrugado como el papel en aquel infierno, habría muerto menos de una hora después de permanecer en mitad de aquella pesadilla, si hubiera logrado sobrevivir tanto tiempo. Sin embargo, los invasores no sufrían esa debilidad.

Para ellos, la letalidad que se había apoderado de toda la atmósfera de Gyges Prime era poco más que una irritación leve. Una vez acabaran su misión en aquel lugar, regresarían a sus naves de combate, que los esperaban en la órbita del planeta, y se limpiarían de las túnicas y de las armaduras el hedor de aquel planeta muerto como cualquier otro se quitaría el barro seco de una bota sucia. Simplemente lo harían, y no pensarían nada más al respecto. No se pararían a reflexionar que el aire que pasaba

por sus pulmones en esos momentos estaba cargado con las partículas que eran todo lo que quedaba de los restos mortales de cada uno de los hombres, mujeres y niños que habían habitado en Gyges Prime.

El planeta había muerto, y con su muerte había cumplido un propósito. La docena de otros mundos colonia que formaban el sistema Gyges, todos ellos más valiosos y poblados que Gyges Prime, mirarían a través de sus mnemoniscopios y contemplarían cómo se enfriaba y se apagaba aquella ascua. «¿Por qué atacar ese mundo y no otro más importante?». Era la pregunta que los demás planetas se habían hecho cuando las naves de combate pasaron de largo por encima de ellos. La respuesta era: para dar una lección.

Tobeld no prestó atención a nada de ello mientras paseaba a la sombra de las carpas temporales que se habían instalado bajo las alas de los Stormbirds ensogados al suelo. Oyó entre el bordoneo de las cuerdas y el restallido de la tela sacudida por el viento el murmullo de las conversaciones de los guerreros que se encontraban cerca. Ya habían comenzado a llegar mensajes desde las naves situadas en órbita. Los demás planetas, las plataformas orbitales y la flota defensiva del sistema se habían rendido, uno tras otro. Doce planetas poblados por millones de habitantes habían entregado su libertad sin una sola muestra de desafío.

«Lección aprendida.»

La toma del sistema. Gyges había sido un asunto rápido y casi anodino. Sin duda, en los años venideros no sería más que una simple posdata o una nota a pie de página en los anales de la guerra. La flota de combate no había sufrido prácticamente daño alguno, nada que le importara al arquitecto de aquel conflicto, del que aquel pequeño acontecimiento era poco más que un fragmento. Gyges no era más que una parada en el camino, un camino que había comenzado en el sistema Istvan y que se abriría paso a través de la galaxia en dirección a Terra. Gyges no era más que otra pisada en ese camino, bajo la cual la sangre de millones de personas no dejaba huella alguna. Por pura lógica de combate, no existía ninguna razón para que los invasores bajaran a la superficie del planeta, pero a pesar de ello, lo habían hecho. Aquel pequeño grupo había descendido a la superficie por razones que sólo se podían suponer.

Tobeld ahogó una tos con la mano al mismo tiempo que se bajaba un poco más el borde de la capucha para apagar el sonido. Notó la mucosidad y el sabor cobrizo en la boca. La radiación había empezado a matarlo en el mismo momento que bajó de la lanzadera, a él y a los demás siervos que se habían trasladado desde la nave insignia para atender

las necesidades de los invasores. Todos los siervos habrían muerto para cuando llegara la puesta de sol. Sabía que compartiría ese destino, pero era un precio que merecía pagarse. Tobeld había utilizado en la penumbra de su cápsula dormitorio de la nave de combate una parte de los elementos de su equipo de armamento para fabricar una fuerte dosis de compuesto antirradiación. El resto lo había dedicado a crear el preparado que había metido en el interior de la ampolla de un dedo de largo que llevaba atada al interior de la muñeca. Se había esforzado por eliminar los demás elementos del equipo, pero temía que alguien descubriera los restos. Además, el compuesto antirradiación ya había dejado de actuar. Le quedaba poco tiempo.

Pasó por detrás de los motores de una nave de desembarco y a través de la neblina oscura divisó el pabellón de mayor tamaño, una carpa baja levantada con tela no reflectante. Por un instante, el viento alzó uno de los faldones de la entrada y le mostró un breve atisbo de lo que ocurría en su interior. Vio el reflejo de las llamas danzarinas de una hoguera sobre unas placas de ceramita pulida, y unas siluetas húmedas que parecían cataratas vivientes de sangre. El soplo de brisa se desvaneció y aquello se ocultó de nuevo a su vista. Sin embargo, aquel pandemonio de impresiones le provocó un estremecimiento.

Tobeld dudó un momento. Tendría que cruzar terreno despejado para llegar desde el Stormbird al pabellón, y no podía permitirse que le dieran el alto y lo interrogaran. Después de tanto tiempo, estaba a punto de entrar en la fase final de su misión. No podía producirse ni un solo fallo. Nadie había llegado tan lejos. No podía arriesgarse a fracasar.

Tobeld inspiró temblorosamente una bocanada de aire envenenado. Había sacrificado todo un año solar de su vida para aquella misión, y había abandonado la identidad falsa que había pasado media década construyendo, la de un noble de rango inferior dentro de un clan de funcionarios de cocina. Se había mostrado más que dispuesto a desprenderse de aquella identidad para adoptar una nueva dada la tremenda importancia de la misión que le habían encomendado, y mediante una serie de pasos cautelosos, con dosis de venenos tanto sutiles como fulminantes para allanar el camino, Tobeld había conseguido entrar en servicio a bordo del crucero de batalla *Espíritu Vengativo*, la nave insignia de Horus Lupercal.

Habían pasado dos años desde la traición en Isstvan, la sangrienta puñalada por la espalda que había iniciado abiertamente la insurrección de Horus contra el Imperio y contra su padre, el Emperador de la Humanidad. Durante ese periodo de tiempo, su progresión imparable por

la galaxia se había acelerado. Como demostraba lo ocurrido aquel mismo día, todos y cada uno de los sistemas estelares por los que pasaban las naves de combate de Horus le juraban lealtad o eran arrasados. Miles de planetas, unidos tras la Gran Cruzada, estaban divididos entre mantenerse fieles a la lejana Terra y a un Emperador ausente o a un Horus victorioso al que seguía un ejército de caudillos guerreros. La perspectiva que Tobeld lograba desde su ventajoso puesto de observación en las cubiertas inferiores le mostraba toda una horda de hermanos renegados que consolidaban su poder de un modo gradual pero cruel. Horus se apoderaba de un sector galáctico tras otro con mano de hierro. No hacía falta ser un estratega para darse cuenta de que el señor de la guerra estaba agrupando sus fuerzas para el avance que ya estaba a punto de llevar a cabo: una ofensiva final contra la propia Terra hasta llegar a las puertas del Palacio Imperial.

No podían permitir que Horus diera ese paso.

Al principio le había parecido un objetivo imposible de abatir. Se trataba del mismísimo señor de la guerra, un primarca, un semidiós guerrero, y Tobeld no era más que un humano. Sin duda, un asesino de habilidad y sutileza superlativas, pero un ser humano al fin y al cabo. Atacar directamente a Horus a bordo del *Espíritu Vengativo* hubiera sido una locura, algo imposible. Tobeld se afanó a bordo de la nave insignia durante casi cinco meses antes de ver siquiera de lejos al propio señor de la guerra, y el ser que vio aquel día era de tal magnitud que lo hizo retroceder trastabillando mientras una pregunta le quemaba la mente: «¿Cómo se puede matar a alguien así?»

Los venenos convencionales eran inútiles contra la constitución biológica de cualquier astartes. Eran capaces de beberse el veneno más potente con la misma tranquilidad con que Tobeld bebía vino. Sin embargo, Tobeld estaba allí precisamente porque los venenos eran su especialidad. Podía ser veloz, podía ser paciente. Podía escapar a cualquier detección manteniéndose inactivo. Era uno de los mejores artesanos tóxicos del clado Venenum. Durante su etapa de aprendizaje había creado destilados letales con los componentes más básicos y sencillos, y había acabado con decenas de objetivos sin dejar rastro alguno. Poco a poco se fue convenciendo de que sería capaz de lograrlo si el destino le concedía aunque sólo fuera una oportunidad.

El arma para ello se encontraba en el interior de la ampolla. Tobeld había creado un agente binario, una combinación de geles acelerantes moleculares en la que se encontraba suspendido un ejemplar vivo de un

devorador de agua baalita que había sido alterado genéticamente. Se trataba de una forma de vida de consistencia fluida muy agresiva que era capaz de absorber en cuestión de segundos toda la humedad que albergaba cualquier clase de tejido vivo. Cuando Horus anunció que encabezaría el grupo que iba a descender a la superficie de Gyges Prime, Tobeld oyó la llamada del destino en sus palabras. Era su oportunidad. Su única oportunidad.

A bordo del *Espíritu Vengativo* se oían toda clase de rumores y suposiciones, sobre todo en las cubiertas inferiores, que era donde se afanaban los siervos humanos y los servidores biomecánicos. Los tripulantes murmuraban sobre los extraños acontecimientos que ocurrían en las cubiertas ocupadas por los astartes. Hablaban de cambios, de apariciones y de peculiaridades de ciertas partes de la nave. Tobeld oyó rumores sobre las llamadas «logias» donde tenían lugar esos cambios. Oyó hablar de ciertos ritos que se realizaban en la superficie de los planetas conquistados, unos actos que lo repugnaban tanto por su similitud nauseabunda con la idolatría primitiva como por los indicios de comportamientos inhumanos y horribles. Aquellos que hablaban sobre esos asuntos a menudo desaparecían poco después, y no dejaban nada a su paso más que el miedo en el ambiente.

Se concentró en su arma y se quedó a la escucha esperando que amainara el viento. Horus estaba allí mismo, a poco más de una docena de pasos de él, en el interior de un pabellón con su círculo de fieles más cercanos: Maloghurst, Abaddon y los demás. Estaban realizando el ritual desconocido para el que habían bajado hasta el planeta. Estaba cerca, más cerca que nunca. Tobeld se preparó y se obligó a sí mismo a hacer caso omiso del dolor que le atenazaba la garganta y las articulaciones. Una vez entrara en la tienda de mando, vaciaría la ampolla en la jarra de vino que Horus tenía a su lado y llenaría las copas del señor de la guerra y de sus hermanos de batalla de rango superior. Un trago sería suficiente para infectarlos... y esperaba que también fuera suficiente para matarlos, aunque Tobeld no tenía ninguna duda de que no viviría para ver cómo cumplía con éxito su misión. La fe que tenía en sus propias capacidades tendría que ser suficiente.

Había llegado el momento. Salió de la sombra del ala del Stormbird, y oyó una voz.

—¿Es éste?

Una respuesta, firme y helada, surgió de algún punto cercano a él en mitad de aquella neblina de humo.

—Así es.

Tobeld intentó dar media vuelta, pero ya había empezado a despegarse del suelo levantado por una sombra que lo empujaba enormemente. Era una gigantesca silueta de forma humana con una armadura de color gris acero que lo había agarrado con un puño por el cuello de la túnica. De la penumbra surgió un rostro pétreo pero de expresión burlona que era una masa de ángulos unidos para formar unas facciones que encerraban una amenaza apenas contenida. Los ojos estaban rodeados de una serie de escarificaciones que enmarcaban aquellos pozos negros de alegría siniestra que lo observaban con una mirada penetrante.

—¿Adónde vas, hombrecillo?

Tobeld se quedó asombrado de que un individuo tan enorme hubiera sido capaz de acercársele en un silencio absoluto.

—Mi señor, iba a...

Apenas pudo articular las palabras. Tenía la garganta tan seca como el viento que azotaba la llanura, y el astartes, al agarrarlo, le había ceñido con fuerza el tejido de la túnica contra el cuello. Se retorció en busca de aliento, pero no lo hizo con demasiada fuerza por temor a que el traidor pensara que estaba realizando alguna clase de intento inútil por defenderse y respondiera con violencia al gesto.

—Calla, calla —dijo la otra voz.

Una segunda figura, con un aspecto todavía más fornido y letal que la primera, surgió del humo. Tobeld posó de inmediato los ojos en los grabados intrincados y en los medallones enjorjados que cubrían la placa pectoral del segundo astartes. Eran símbolos de un rango superior y sellos de lealtad entre los guerreros de la legión de los Hijos de Horus. Sin embargo, reconoció de inmediato sin necesidad de aquellos símbolos el rostro sonriente y la mata de cabello rubio. Era Luc Sedirae, el capitán de la 13.^a Compañía.

—No nos entretengamos mucho con esto —dijo Sedirae.

El capitán cerró y abrió la mano derecha con un gesto ausente. No la llevaba cubierta con el guantelete de la armadura, lo que dejaba a la vista de todo el mundo la prótesis de acero negro galvanizado y bronce bruñido que sustituía a la extremidad original que había perdido. Se decía que se la habían cortado durante el combate contra la Guardia del Cuervo librado en Istvan, y el capitán mostraba con orgullo el resultado de la herida, igual que si fuera una condecoración.

Tobeld volvió a mirar al guerrero que lo tenía agarrado por la túnica y se fijó en los símbolos de la 13.^a Compañía de su armadura. Entonces,

ya tarde, lo reconoció. Era Devram Korda, uno de los lugartenientes de Sedirae. Tampoco era que saber aquello le fuera a servir de mucho. Intentó de nuevo hablar...

—Mis señores, tan sólo quiero cumplir con mi deber...

Pero le pareció que las palabras se le atascaban en la garganta, y Tobeld tosió al pronunciarlas acompañadas de un jadeo gorgoteante.

Un tercer astartes apareció a la espalda de Korda, bajo las sombras de la aeronave. Había seguido el mismo trayecto que Tobeld había recorrido momentos antes. El asesino también lo reconoció. Llevaba puesta una armadura del color de la sangre seca, y el rostro del individuo era semejante a una tormenta atrapada en unas facciones humanas. No fue capaz de mirar aquellos ojos.

Erebus.

—Su deber —repitió el primer capellán de los Portadores de la Palabra como si reflexionara sobre ello—. No ha mentido.

La voz de Erebus era suave, casi amable, y apenas se alzaba por encima del gemido del viento de Gyges.

Tobeld parpadeó y sintió que una oleada de terror le inundaba el cuerpo. Se aferró a ella, atrapado por la certidumbre que le heló el alma en ese instante. Erebus sabía quién era en realidad. De algún modo, siempre lo había sabido. Todos aquellos subterfugios sutiles, cada uno de los elementos impecables del entrenamiento que había utilizado... El portador de la palabra se acercó hasta él con un caminar confiado que le indicó al asesino que todo eso no había servido para nada.

—¡Mi deber es servir al señor de la guerra! —barbotó en un intento desesperado por ganar tiempo, aunque fuera tan sólo un momento más de vida.

—Cállate —le advirtió Erebus, silenciándolo antes de que pudiera decir nada más. Luego miró hacia la tienda de mando—. No tiene sentido que molestemos al gran Horus. Se... disgustaría mucho.

Korda hizo girar a Tobeld como lo haría un pescador que evaluara una pieza decepcionante un momento antes de lanzarla de vuelta al mar.

—Es tan débil —comentó—. Si ya se está muriendo. Los devoradores de huesos del aire ya están carcomiendo su interior.

Sedirae se cruzó de brazos.

—¿Y bien? —le preguntó a Erebus—. ¿Esto es alguno de tus juegos, portador de la palabra, o tenemos algún motivo de peso para atormentar a este siervo? —Frunció los labios—. Me estoy aburriendo.

—Es un asesino —le explicó Erebus—. Un arma, en cierto modo.

Tobeld se dio cuenta demasiado tarde de que lo habían estado esperando.

—No... no soy más que un siervo —jadeó.

Ya había empezado a dejar de sentir las extremidades y comenzaba a tener borrosa la vista por la fuerza de la presa de Korda sobre su cuello.

—Mentira —le replicó el portador de la palabra, y la acusación salió chasqueante de sus labios.

El pánico derribó las barreras de la escasa fuerza de voluntad que le quedaba a Tobeld, y sintió que se derrumbaba. Perdió todo sentido de la racionalidad y se entregó al terror con la reacción de un animal. El entrenamiento que había recibido, el control que se le había imbuido en la schola desde que era poco más que un niño, se desintegró bajo una simple mirada de los ojos fríos e inmisericordes de Erebus.

Tobeld flexionó la muñeca y la ampolla se deslizó hasta la palma de la mano. Se agitó con fuerza bajo el puño de Korda y pilló levemente por sorpresa al astartes, al que intentó clavar el cilindro de cristal. Los sensores de movimiento de la matriz cristalina de la ampolla respondieron al instante y abrieron una hendidura diminuta en el extremo romo, lo que permitió la salida de una serie de agujas de punta monomolecular. Cada una de aquellas varillas era poco más gruesa que un cabello humano, y eran capaces de atravesar incluso la resistente epidermis de un astartes. Tobeld intentó matar a Devram Korda clavándole la ampolla en la piel cubierta de cicatrices de su rostro, pero falló, y volvió a intentarlo. Lo hizo sin pensar, del mismo modo que actuaría un mecanismo demasiado veloz sin guía alguna.

Korda le propinó a Tobeld una bofetada con el dorso de la mano, y lo hizo con tal fuerza que le partió la mandíbula y le hundió buena parte del cráneo. Un ojo del asesino quedó aplastado de inmediato, y el impacto del golpe le recorrió todo el cuerpo. Tras un momento eterno, se dio cuenta de que estaba tendido en el suelo, y que la sangre que le salía a chorros de la boca y de la nariz, que le habían quedado destrozadas, formaba un charco cada vez mayor.

—Erebus tenía razón, señor —dijo Korda con voz pastosa y lejana.

Tobeld se aferró con la mano engarfiada a la arena negra y a la roca pulida. Vio con el ojo que le quedaba la ampolla, con el contenido intacto, en el sitio donde había caído tras escapársele de los dedos. Alargó la mano hacia ella para acercarse poco a poco.

—Sí que la tenía —oyó responder a Sedirae, quien dejó escapar un suspiro—. Últimamente parece tenerla siempre.

El asesino alzó la cara, y el dolor que le provocó aquel simple movimiento le pareció casi insuperable. Vio unas siluetas que fluían entre la neblina y la sangre. Unos ojos de expresión helada lo miraron, y lo consideraron indigno.

—Acaba ya con esto —dijo Erebus.

Korda titubeó.

—¿Mi señor?

—Haz lo que dice tu primo, hermano sargento. Esto ya me está cansando —le contestó Sedirae.

Una de las siluetas aumentó de tamaño y se acercó, y Tobeld vio una mano cubierta de acero tomar del suelo la ampolla.

—Me preguntó qué hará esto.

La ampolla relució bajo la luz cuando el astartes bajó de golpe el arma del asesino e inyectó su contenido en la piel abrasada del brazo de Tobeld.

Sedirae contempló con la actitud indolente y aburrida de alguien que había visto ya muchas formas de morir cómo perecía el ilota. Lo observó todo porque sentía interés por saber si aquella muerte le mostraría algo diferente respecto a las demás muertes que había presenciado... Y así fue, hasta cierto punto.

Korda le puso una mano sobre la boca para ahogar sus gritos mientras el cuerpo del ilota se retorció y se encogía sobre sí mismo. El capitán de la Decimotercera había ahogado a un mutante en un lago helado durante una batalla de la Gran Cruzada que se libró en la luna Caslon. Había mantenido la cabeza de la criatura deforme bajo la superficie de las aguas oscuras hasta que había muerto. Aquella escena, la del ilota pereciendo bajo los efectos del veneno, le recordó esa muerte. El siervo encapuchado estaba muriendo por resecamiento, si algo así era posible. Sedirae vio allá donde el cuerpo estaba al descubierto cómo la carne pálida y quemada por la radiación se volvía de color gris cadáver antes de perder toda cohesión. La piel adquirió un aspecto semejante al papel al mismo tiempo que se pegaba a los huesos a medida que los músculos se atrofiaban en apenas unos instantes. Incluso la sangre que se había derramado sobre la tierra oscura se volvió vaporosa y finalmente se volatilizó sin dejar atrás nada más que restos resecaos carentes de toda humedad. Korda apartó la mano y la sacudió, lo que provocó una lluvia de restos polvorientos que se perdieron en el viento.

—Una muerte muy dolorosa —comentó el sargento tras examinarse los dedos—. ¿Ves aquí? —Mostró una marca diminuta en la ceramita de

una de las articulaciones del guantelete—. Me mordió en su agonía final. Como si le fuera a servir de algo.

Sedirae miró hacia la entrada de la tienda de mando. Nadie había salido para ver qué ocurría allí. Dudaba mucho que Horus y el resto del Mournival ni siquiera se hubieran dado cuenta de que se había producido esa muerte. Después de todo, tenían mucho de que ocuparse. Tenían tantos planes y proyectos que dirigir...

—Voy a informar al señor de la guerra —se oyó decir a sí mismo.

Erebus dio un paso para acercarse.

—¿Crees que es necesario?

Sedirae miró de nuevo al capellán. El portador de la palabra tenía la habilidad de captar la atención directa de cualquiera cuando quería, como si fuese capaz de atraer la mirada hacia él igual que un agujero negro arrastraba la luz y la materia hacia su interior para devorarla. También era capaz de lograr lo contrario, y podía convertirse en un fantasma en mitad de una estancia llena de gente haciendo que las miradas pasasen de largo sobre él como si no estuviera allí. Cuando Sedirae era sincero consigo mismo, admitía que la presencia de Erebus lo intranquilizaba. El capitán de la Decimotercera no era capaz de quitarse de encima la inquietud que le enturbiaba el pensamiento cada vez que el portador de la palabra decidía hablar. A pesar de la lealtad que había jurado a los Lobos Lunares, rebautizados como los Hijos de Horus, no era la primera vez que Sedirae se preguntaba por qué el señor de la guerra necesitaba tener tan cerca a Erebus para llevar a cabo su insurrección, justa y necesaria, contra el Emperador. Era una de las muchas dudas que lo asaltaban en esos días. La carga que representaban parecía crecer con cada mes que las fuerzas del señor de la guerra pasaban allí, en las profundidades del espacio, mientras el trofeo que representaba la propia Terra se mantenía fuera de su alcance.

Soltó un bufido y señaló con un gesto al cadáver.

—Alguien acaba de intentar matarlo. Sí, primo, yo diría que a Horus Lupercal le parecería un asunto digno de su interés.

—Dime que no eres tan ingenuo como para creer que se trata de la primera vez que intentan algo semejante contra el señor de la guerra.

Sedirae entrecerró los ojos al oír el tono despreocupado, casi indiferente, con el que Erebus habló del asunto.

—Estoy casi seguro de que ha sido el primero en acercarse tanto a él.

—Unos cuantos pasos más y habría entrado en la tienda —musitó Korda.

—La distancia es muy relativa. La letalidad es el factor clave —le respondió Erebus.

Korda se puso en pie.

—Me pregunto quién lo enviaría.

—El padre del señor de la guerra —contestó Erebus de inmediato—. O si no fue una orden directa del Emperador, lo decretó uno de sus lacayos.

—Pareces estar muy seguro de eso, pero Horus se ha creado muchos enemigos —apuntó Sedirae.

El portador de la palabra sonrió levemente e hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Nada de preocupaciones hoy. —Inspiró profundamente—. Entre los tres acabamos con esta amenaza antes de que supusiera un problema. No hace falta que lo convirtamos en uno después de haberlo resuelto. —Erebus señaló con un gesto del mentón la tienda de mando—. El señor de la guerra tiene por delante toda una galaxia que conquistar. Ya tiene de por sí mucho en lo que concentrarse. ¿Quieres distraer a tu primarca con este asunto tan trivial, Sedirae? —le dijo mientras movía lo que quedaba del cuerpo con la punta del pie.

—Creo que debería ser el propio señor de la guerra quien tomase una decisión al respecto —replicó Sedirae con voz irritada y frunciendo los labios—. Quizá...

Recuperó el control sobre sí mismo y se calló, y de ese modo evitó expresar lo que estaba pensando.

—¿Quizá? —repitió Erebus. Lo hizo de inmediato, como si ya supiera lo que habría seguido a esa primera palabra—. Expresa lo que piensas, capitán. Todos los presentes somos hermanos. Todos somos hermanos de la misma logia.

Sedirae meditó durante un largo momento sobre las palabras que pugnaban por salirle de los labios, y finalmente las pronunció:

—Quizá, portador de la palabra, si no le escondiéramos asuntos como éste a Horus, el señor de la guerra querría avanzar de un modo más directo. Quizá si no lo mantuviéramos ignorante sobre las amenazas que penden sobre nuestra campaña, tomaría...

—Una ruta directa hacia el Segmentum Solar, ¿verdad? —Le dio la impresión de que Erebus cruzaba la distancia que los separaba sin ni siquiera moverse—. Ésa es la raíz de todo, ¿verdad? Piensas que el paso medido con el que avanzamos es demasiado lento. Querrías empezar a asediar el Palacio Imperial mañana mismo.

—Mi capitán no es el único que piensa de ese modo —intervino Korda con cierto entusiasmo.

—Un mes sería suficiente —insistió Sedirae con una mueca en la que dejó al descubierto los dientes—. Se podría hacer. Todos nosotros lo sabemos.

La sonrisa de Erebus se ensanchó.

—Estoy seguro de que desde el punto de vista de los guerreros de la Decimotercera sin duda sería así de fácil. Pero te aseguro que no lo es. Todavía queda mucho por hacer, Luc Sedirae. Quedan muchas piezas por colocar, muchos factores que todavía no están preparados.

El capitán soltó un bufido de rabia.

—¿Qué quieres decir? ¿Que debemos esperar a que las estrellas estén en la posición correcta?

La sonrisa desapareció del rostro del portador de la palabra para ser sustituida por una expresión ceñuda.

—Exactamente eso, primo. Exactamente eso.

La repentina frialdad de la voz de Erebus hizo que Sedirae se lo pensara un momento.

—Entonces es evidente que carezco de tu capacidad de visión —admitió a regañadientes—. Como tampoco logro ver cuál es el sentido de esta estrategia tan carente de acción.

—Mientras sigamos al señor de la guerra, todo será como debe ser —le indicó Erebus—. La victoria no tardará en llegar. —Se quedó de pie al lado del cadáver, que había comenzado a deshacerse convertido en polvo arrastrado por el viento—. Quizá antes incluso de lo que podríamos esperar cualquiera de nosotros.

—¿Qué quieres decir? —quiso saber Korda.

—Una obviedad del arte de la guerra. —Erebus no apartó la mirada del asesino muerto—. Si alguien puede utilizar una táctica contra nosotros, eso quiere decir que nosotros también podemos utilizarla contra él.

El amanecer llegó acompañado de nubes, y las joyas resplandecientes de las Estrellas Taebianas empezaron a desvanecerse primero bajo el brillo ambarino del sol naciente, y luego bajo la intensa luz azul que barrió la oscuridad de la noche anterior. Yosef Sabrat se mantuvo pegado a una de las ventanas de la estrecha cabina del coleóptero mientras se cerraba un poco más el cuello del abrigo largo que llevaba puesto. La larga estación veraniega de Iesta Veracrux se había acabado por completo, y el nuevo otoño llenaba todo el horizonte acercándose de forma lenta pero

inflexible. Se sentía con claridad allí arriba, en el frío cielo matutino. Las lluvias descargarían toda su furia en cuestión de semanas, y sería justo a tiempo. La cosecha de ese año sería una de las mejores de todos los tiempos, o eso decía todo el mundo.

La aeronave dio un salto en el aire al atravesar una turbulencia y Yosef rebotó en el asiento. Al igual que ocurría con la mayoría de los vehículos en servicio dentro del Centinela, era una nave antigua pero bien cuidada, una de las numerosas máquinas que databan de la Segunda Fundación y la gran migración colonial. Las turbinas de rotor situadas detrás del compartimento de pasajeros zumbaban de forma incesante. El tono del motor cambió cuando el piloto efectuó un leve viraje hacia babor. Yosef dejó que la gravedad le girara la cabeza y miró más allá de los dos cazadores, que eran los otros dos únicos pasajeros, a través de la pulida superficie vítrea del puesto de observador, que estaba vacío.

Los escasos jirones de nubes blancas se dispersaron y le permitieron ver mejor. En esos momentos estaban pasando por encima del cañon Breghoot, donde la majestuosa pared de piedra roja se hundía hasta unas profundidades a las que llegaba poca luz diurna, incluso cuando el sol estaba en lo más alto del cielo. Las terrazas de los viñedos ya se estaban abriendo, y los abanicos de dispositivos solares de los techos se desplegaron como las velas negras de un bajel marino. Más allá, colgada de los enormes enrejados de viñedos de un kilómetro de largo que se extendían por el borde de los riscos, la oleada de follaje verde parecía una catarata de color esmeralda congelada en mitad de la caída. Yosef supuso que si hubieran volado a menor altitud habría sido capaz de ver las figuras de los cosechadores y sus autómatas de cerámica que se movían entre las estructuras para recoger el botín que les ofrecía todo el entramado de viñas.

El coleóptero saltó de nuevo al cruzar otra turbulencia. Se enderezó y rodeó desde una buena distancia las torres de habitáculos que se alzaban en la cima del risco para adentrarse en el cielo cada vez más claro. Los lados de aquellos esbeltos minarettes estaban cubiertos de estuco blanco, y la mayoría de los postigos todavía estaban cerrados sobre las ventanas, como ignorando al nuevo día que había llegado. Casi toda la población de la capital estaba aún dormida a aquella hora tan temprana, y Yosef envidiaba mucho a toda aquella gente. La taza de café que se había tomado a toda prisa aquella mañana, su único desayuno, le estaba revolviendo el estómago. Había dormido bastante mal esa noche, algo que empezaba a ser bastante habitual en los últimos meses, así que cuando el

mensaje lo había despertado de su letargo sin sueño, casi se había sentido agradecido. Casi.

El zumbido del motor se volvió más agudo cuando la aeronave aceleró y sobrevoló a baja altura y gran velocidad los bosques que rodeaban los aeródromos de la ciudad. Yosef contempló como la alfombra de color verde y marrón pasaba rápidamente bajo el aparato e intentó no distraerse con ella.

Una palabra de la conversación que mantenían en voz baja los cazadores le llegó sin aviso previo. Frunció el entrecejo y la desechó esforzándose por no escuchar. En vez de eso, intentó concentrarse en el sonido de los motores, pero no lo logró. La palabra, el nombre, había sido susurrado de un modo furtivo, por miedo a invocarlo.

Horus.

Cada vez que lo oía le daba la impresión de que se trataba de una maldición de alguna clase. Aquellos que lo murmuraban lo hacían encogidos por el miedo, atenzados por la extraña creencia de que si pronunciaban aquel nombre, sufrirían el castigo inmediato de una autoridad invisible. Aunque quizá no se trataba de eso, quizá se debía a la sensación de repugnancia que provocaba la propia palabra, la sensación de que esa combinación de sonidos provocaría el vómito si se pronunciaba en voz alta. El nombre le inquietaba. Había sido durante mucho tiempo un sinónimo de nobleza y heroísmo, pero su significado se había trastocado, y a Yosef le resultaba imposible por completo ubicarlo en una categoría dentro de su forma de pensar analítica y cuidadosa.

Por un momento consideró la posibilidad de reprender a sus hombres, pero luego lo pensó mejor. A pesar del esplendoroso presente que iluminaba a la sociedad floreciente de Iesta Veracruz, había sombras en ella, y algunas de esas sombras eran más profundas de lo que muchos querían saber. En los últimos tiempos, esas sombras eran más largas y oscuras que antes, y la gente sentiría miedo y dudas por ello. Era de esperar.

El coleóptero se elevó para salvar la última barrera de altos pinos ophelianos y viró hacia el entramado de torres, pistas de aterrizaje y casamatas que constituían el puerto principal de la ciudad.

Los miembros de la Centinelia tenían autorización para aterrizar donde quisieran, a diferencia de los vuelos civiles, obligados a posarse en la pista que les asignaran, por lo que el piloto voló con agilidad a través de un par de gigantescos globos cautivos de carga a medio inflar para aterrizar en una plataforma de ferrocemento de una anchura apenas mayor que

la aeronave. Apenas habían bajado Yosef y los dos cazadores de la rampa de desembarco cuando el chorro de propulsión del motor se convirtió en un breve huracán y la aeronave se alejó de regreso al cielo. Yosef se cubrió los ojos con la palma de la mano para protegerse de la nube de polvo y hojas que provocó el despegue mientras observaba cómo se alejaba la nave.

Metió una mano en el interior del abrigo para sacar la varilla de mando que llevaba colgada de una cadena y dejó que la delgada barra de plata quedara visible sobre el pecho. Pasó el pulgar con gesto ausente a todo lo largo de la superficie mientras observaba con atención la zona. A diferencia de los cazadores, que sólo llevaban una placa de bronce cuando estaban de servicio urbano o de patrulla, la vara del bailío indicaba su cargo de agente de investigación.

Los dos cazadores llegados en la aeronave se reunieron con un grupo de individuos uniformados que estaban delimitando con mucho cuidado un entramado de búsqueda en la zona circundante. Yosef vio detrás de ellos un colocador de barreras automatizado que estaba desplegando con movimientos pesados a lo largo del límite de la zona de búsqueda un cable grueso del que colgaban banderines de advertencia. Un rostro familiar le llamó la atención.

—¡Señor!

Skelta era un individuo alto y delgado, con un aspecto que algunos miembros de la Centinelia comparaban de forma poco amable con el de un roedor. El cazador se le acercó con rapidez y un poco encorvado a pesar de que el coleóptero ya se había marchado. Skelta parpadeó con el rostro serio y algo pálido.

—Señor —repitió.

El joven ansiaba ser ascendido desde las tareas de servicio urbano al siguiente rango de la Centinelia, el de operaciones de investigación, por lo que siempre se esforzaba por presentar un aspecto serio y pensativo cuando se encontraba en presencia de un superior. Yosef no encontraba el valor suficiente para decirle que no poseía la agudeza necesaria para ese ascenso. No se trataba de que fuera un mal agente, pero a veces mostraba la clase de ignorancia que le provocaba a Sabrat picores en la palma de las manos.

—Cazador —le respondió con una inclinación de cabeza—. ¿Qué es lo que tenemos aquí?

Una expresión sombría cruzó el rostro de Skelta, algo que iba más allá de su habitual comportamiento contenido, y Yosef la captó de inmediato. El bailío había acudido al lugar pensando que se trataría de algún

crimen corriente, pero la fugaz expresión de Skelta le hizo pensárselo mejor, y no por primera vez a lo largo de esa mañana, se preguntó en qué se habría metido.

—Es... bueno... —El cazador se calló y tragó saliva con dificultad. La mirada le quedó desenfocada por un momento, como si estuviera pensando en otra cosa—. Creo que será mejor que lo vea usted mismo, señor.

—Muy bien. Enséñemelo.

Skelta lo condujo a través de las ordenadas filas de las cápsulas de carga de madera. Cada una de ellas era un bloque octogonal del tamaño de un coche terrestre de tamaño pequeño. El olor a vino ya madurado le llegaba desde todos lados. Empapaba aquellos grandes contenedores, incluso las losas de piedra de la pista de aterrizaje. Sin embargo, aquel olor cálido y agradable le pareció asfixiante y demasiado fuerte ese día, casi como si estuviera intentando ahogar el olor de algo mucho menos agradable.

Oyó cerca de allí los ladridos incesantes de unos perros, y luego el grito de un hombre, al que siguió una retahíla de gruñidos y de gañidos.

—Son perros vagabundos del puerto, señor. Los ha atraído el olor —le explicó el cazador—. Llevamos alejándolos a patadas desde que amaneció. —Todo aquello pareció desagradar al joven agente, así que cambió de tema—. Creemos que hemos identificado a la víctima. Hemos descubierto algunos documentos cerca de la escena del crimen, permisos, licencias y cosas así. Se llamaba Jaared Norte. Un conductor de transporte.

—Crean haberlo identificado —repitió Yosef—. ¿Por qué no están seguros?

Skelta levantó el cable de la barrera para que pasara el bailío y siguieron caminando por la propia escena del crimen.

—Todavía no hemos podido realizar una identificación segura, señor —le aclaró el cazador—. Los clínicos ya se encuentran en camino para analizar la dentadura y las muestras de sangre. —Skelta tosió de forma deliberada—. Verá, es que... no tiene cara, señor. Y hemos encontrado algunos dientes sueltos... Pero no estamos seguros de que... Bueno, de que fueran suyos.

Yosef no hizo comentario alguno al oír aquello.

—Siga.

—Hemos interrogado al capataz de Norte. Al parecer, Norte salió del trabajo ayer por la noche a su hora habitual y se dirigió a casa, con su mujer y su hijo. No llegó.

—¿Fue la mujer quien avisó?

Skelta negó con un movimiento de cabeza.

—No, señor. Por lo que se ve, últimamente discutían. A su contrato de matrimonio tan sólo le quedaban algunos meses de duración, y eso estaba provocando roces entre ellos. Ella pensó que probablemente se habría quedado bebiéndose la paga.

—¿Eso lo ha comentado el capataz?

El cazador asintió.

—Envié una patrulla a cada una de sus casas para confirmar sus declaraciones. Estoy esperando sus informes.

—¿Norte estaba borracho cuando lo mataron?

Skelta no pudo evitar esta vez que un estremecimiento le recorriera el cuerpo.

—Espero por su bien que fuera así. Habría sido una suerte para el pobre.

Yosef captó el miedo en las palabras del cazador. Los asesinatos no eran infrecuentes en Iesta Veracruz. Después de todo, era un mundo relativamente próspero gracias a la industria vinícola, y los individuos que bebían, o que buscaban dinero, a menudo cometían errores que llevaban al derramamiento de sangre. El bailío había visto muchas muertes, algunas de ellas brutales, muchas de ellas sórdidas, todas y cada una de ellas trágicas a su manera, pero todas ellas comprensibles. Yosef sabía muy bien lo que era el crimen: una debilidad del propio yo. También sabía de los detonantes que podían hacer aparecer esa debilidad: los celos, la locura, la pena... pero el peor de todos era el miedo.

Y en esos tiempos había mucho miedo en Iesta Veracruz. Allí, en el extremo del Segmentum Ultima, al otro lado de la galaxia respecto al Trono de Terra, sus habitantes se sentían alejados y desprotegidos mientras se libraban todas aquellas guerras y se fijaban las líneas de combate sobre unos mapas en los que no aparecía el planeta por su escasa importancia. El Emperador y su consejo parecían estar muy lejos de ellos, y la cercana tormenta de la insurrección que se abría paso ciega e invisible en las estrellas cercanas lo cubría todo con una capa de aprensión acechante. La gente veía en cada esquina sombría el fantasma de lo desconocido.

Tenían miedo, y las personas con miedo se convertían con facilidad en gente enfurecida que dirigía su terror contra cualquier ofensa, ya fuese real o imaginaria. El asesinato de ese día no era más que la última de las muchas muertes que se habían producido en Iesta Veracruz a lo largo de los meses anteriores: homicidios por trivialidades, suicidios, ataques producto del pánico ante amenazas imaginarias... Aunque la vida seguía

como siempre, bajo la superficie yacía un ánimo sombrío que embargaba a toda la población, aunque todos fingieran que no era así. ¿Habría sido Jaared Norte una última víctima de ese estado de ánimo? Yosef pensó que era lo más probable.

Doblaron una esquina formada por contenedores apilados y llegaron a un pequeño patio rodeado de filas de cajas. Otro globo cautivo de carga flotó lentamente sobre ellos y los cubrió por un momento con su gran sombra ovalada. Un puñado de cazadores se dedicaba a recoger huellas dactilares del lugar. Un par de ellos procedía de la oficina documental y estaban utilizando una serie de complejos aparatos forenses y trazadores sensoriales mientras otro hablaba por un comunicador de tamaño considerable provisto de una gran antena. Skelta cruzó la mirada con uno de los documentadores, y el agente le respondió con un gesto de asentimiento atribulado. Detrás de todo aquel grupo se encontraba el almacén estrecho pero de gran altura que tenía las puertas abiertas de par en par. El bailío vio de inmediato las manchas marrones que cubrían las puertas metálicas.

Frunció el entrecejo y miró a su alrededor, a los agentes de la Centinelia, con abrigos y gorras de plato de ese mismo color oxidado.

—¿Los arbites están ahí dentro? —preguntó Yosef al mismo tiempo que señalaba el almacén con un gesto del mentón.

Skelta soltó un bufido despreciativo.

—No, los arbites no han aparecido por aquí, señor. Se les ha llamado, tal y como indica el reglamento. El departamento del gran mariscal no estaba disponible, pero nos han pedido que los mantengamos informados.

—Seguro que sí —dijo Yosef, torciendo el gesto.

A pesar de toda la palabrería altanera y los ideales moralistas que proclamaban a voces los Adeptus Arbites, esa rama en concreto del Adeptus Terra parecía menos interesada en realizar tareas policiales que en parecer interesada en realizar dichas tareas. Los agentes de la Centinelia habían sido los encargados de vigilar y proteger el sistema Iesta desde los tiempos de la creación de la colonia en la Primera Fundación, y el establecimiento de una oficina del Adeptus Arbites durante la Gran Cruzada no había cambiado gran cosa el estado de la situación. El gran mariscal y los agentes de su servicio parecían más que satisfechos con mantenerse dentro de su torre imponente y permitir que la Centinelia actuara como siempre lo había hecho y solucionara los problemas «locales». A lo largo de los veinte años de servicio que Yosef Sabrat había cumplido, todavía no había conse-

guido entender qué era lo que los arbites no consideraban un asunto «local». El funcionamiento de todo aquello parecía encontrarse en un nivel de entendimiento muy superior a la capacidad del bailío. Miró a Skelta.

—¿Tenemos alguna idea de cuál ha sido el arma utilizada?

Skelta volvió a mirar a la agente documentadora, como si le pidiera permiso para hablar.

—No con exactitud. Para empezar, sin duda se trata de un arma de filo. Quizá se hayan utilizado... otras herramientas.

El poco color que le quedaba en la cara a Skelta desapareció, y volvió a tragar saliva.

Yosef se detuvo en el umbral del almacén. Un hedor semejante al de un matadero, cargado de sangre y de heces, le asaltó el olfato e hizo que se le estremecieran las aletas de la nariz.

—¿Algún testigo? —quiso saber.

Skelta señaló hacia arriba, hacia una torre de iluminación.

—Hay grabadores de imagen en los postes de iluminación, pero no captaron nada. El ángulo de visión no es lo bastante pronunciado como para lograr una identificación.

El bailío almacenó aquella información para un uso futuro: quienquiera que hubiera cometido el asesinato conocía la distribución de los edificios del puerto.

—Revisa todos los demás grabadores en un radio de medio kilómetro, saca los cilindros de memoria y que unos cuantos reclutas repasen el contenido. Quizá tengamos suerte. —Aspiró profundamente, teniendo buen cuidado de hacerlo por la boca—. Bueno, vamos allá.

Entró en el almacén, y Skelta lo siguió tras un instante de duda. El interior estaba envuelto en la penumbra, ya que la única luz procedía de los escasos rayos solares que entraban difuminados a través de los cristales de algunas ventanas bajas y los potentes focos concentrados de las lámparas portátiles. Cuatro emisores de campo de aspecto desgarrado y apoyados sobre trípodes formaban las esquinas de un cuadrado irregular, y un leve brillo amarillento conectaba a cada uno con los que tenía a sus lados. La membrana de energía permeable permitía que los objetos de cierta masa o con cierto nivel de energía cinética la atravesaran sin problemas, pero retenía las partículas y la materia microscópica para ayudar a la investigación de los forenses de campo.

La arruga de preocupación de Yosef se convirtió en un fruncimiento de ceño cuando se acercó. La zona delimitada por los emisores parecía vacía a primera vista. Cruzó la barrera y el hedor en el aire se intensificó.

Miró por encima del hombro y vio que Skelta no lo había seguido. En vez de eso, se había quedado en posición de firmes con la mirada puesta en cualquier otro sitio que no fuera la escena del crimen.

El suelo de piedra estaba cubierto de sangre oscura, y en el amplio charco de líquido carmesí se distinguían unas pequeñas siluetas carnosas esparcidas sin orden alguno. Vio trozos serpenteantes que debían de ser parte de los intestinos, pedazos relucientes de lo que probablemente eran restos de órganos que reflejaban la luz y otros trozos de color blanquecino cubiertos de fluidos. Era una muestra sacada del tajo de cualquier carnicero, piezas que se habían tirado no por tener prisa, sino por no tener interés.

El bailío sintió una oleada de asco y de confusión en igual medida, pero la contuvo y procuró que se impusiera su capacidad investigadora. Observó el lugar en busca de impresiones y de indicios. Aquello lo habían llevado a cabo con cuidado y precisión. No se trataba de un crimen pasional, o de un asesinato de oportunidad. El delito se había cometido con tranquilidad, con frialdad, sin miedo a ser descubierto. Yosef escrutó en la oscuridad mientras ya se formaba en su mente la primera pregunta.

¿Cómo se había logrado cometer aquella brutalidad sin hacer suficiente ruido como para alertar a alguien? Con tanta sangre derramada, ¿se habría manchado el asesino?, ¿habría dejado algún rastro? ¿Y dónde...? ¿Dónde estaba...?

Yosef se detuvo en seco y parpadeó. La superficie del charco de sangre se movía levemente, cruzada por unas pequeñas olas de un lado a otro. Oyó aquí y allá un débil chapoteo provocado por salpicaduras.

—Esos restos... —empezó a decir, y luego se volvió hacia Skelta—. No hay suficientes como para formar un cuerpo. ¿Dónde está el cadáver de Norte?

El cazador se había tapado la boca con una mano y con la otra señaló lentamente hacia arriba. Yosef alzó la mirada al techo, y allí vio el resto de Jaared Norte.

El cuerpo del conductor estaba abierto de un modo que al bailío le recordó las prácticas de un forense, o más bien una variante muy extrema de los cortes utilizados en un examen post mórtem. Alguien había usado unas varillas de hierro parecidas a los pesados pernos que empleaban los obreros de la construcción para asegurar los elementos de algunos edificios a las paredes rocosas verticales y había clavado a Norte al techo del almacén. Tenía una en cada tobillo y otras dos le atravesaban los ante-

brazos. Las cuatro extremidades habían quedado desplegadas formando una equis. Luego el asesino había efectuado unos cortes oblicuos en el torso para separar la piel de los músculos, incluidos los del cuello y de la cara. Aquellos cortes habían creado algo semejante a unos banderines de pellejo con la punta clavada en el techo: uno a cada costado, otro por debajo de la entropierna y el último cubriendo la máscara ensangrentada en la que había quedado convertido el rostro de la víctima. Otras cuatro varillas fijaban la punta de esos pliegues sangrantes de piel. Del interior del cuerpo del individuo colgaban jirones de carne y puntas rotas de hueso en dirección al charco de sangre, y de sus extremos goteaban los fluidos que acababan en el suelo.

—¿Ha visto alguna vez algo parecido? —logró preguntarle Skelta con voz entrecortada por el asco—. Es horrible.

Lo primero que le vino a la cabeza a Yosef era que parecía una obra de arte, una escultura. Alguien había convertido al conductor en una estrella de ocho puntas clavada a las placas metálicas oscuras del techo del almacén.

—No lo sé —contestó el bailío con un murmullo.